

LA LUNA

EN TODAS  
PARTES

Roberto Aparicio Olivares

[aule.co](http://aule.co)



LA LUNA  
en todas partes

Roberto Aparicio Olivares

# ÍNDICE

Prólogo

## PARTE I

Íncubo

La heredera del fuego

Hotel Soledad

Los chicos no lloran

La luna en todas partes

Fuera de combate

## PARTE II

Algo oculta la noche

Mientras no estabas

El Dios Destino

Soliloquio de un instante

Querube

## Prólogo

*Escribir, cualquiera.  
Bien, tengo mis dudas.*

Andrés Feria Guadarrama

Inclinarse por el cuento requiere de una desmedida enajenación de lo preciso y concreto, de lo contundente. Escribir cuentos es un asunto de valientes, un acto arriesgado. Ese deseo infinito de querer sacarle jugo a la realidad y narrarla nos puede convertir en bufones o en maestros de historias como Antón Chejov, Raymond Carver, Juan José Arreola, Guillermo Samperio, Julio Cortázar o Jorge Luis Borges, por citar a algunos.

El ejercicio de escribir va de la mano con otras lecturas, escribir es un ejercicio del intelecto y de lo sensible; se escribe para pensar, imaginar, sentir o vivir. Y esto es a lo que nos incita y comulga la colección de relatos *La luna*

*en todas partes*, obra reflejada en la vida, procesada en formas e ideales para que no sea absurda o estúpida, como lo es en realidad. En estos relatos, el escritor sueña y juega con la realidad, buscando en cada historia su auténtica VOZ.

En la primera parte *Íncubo* es un ente maléfico -el espíritu Asazel o el mismo narrador- quien seduce a novicias, vírgenes o doblemente vírgenes. Copular con el íncubo es un pecado que se disfruta, incluso sólo con imaginarle. Producto de esta cópula es la oscuridad. Si bien en la oscuridad y el sueño todo está permitido.

Existe un fuego atroz -inconsciente- en *La heredera del fuego*, que termina con la vida del personaje. Consume su carne en el infierno terrenal, lugar donde la carne es suplicio y castigo. Angélica es la heredera que porta una marca como el Golem o Caín. Su otredad es la abuela, quien la guía con el Yo judeocristiano. En el *continuum* narrativo, la abuela semeja un fantasma que la persigue, haciendo de su vida una desgracia.

En *Hotel Soledad*, el personaje alcanza una conciencia en los primeros párrafos del relato. Esta conciencia, hecha a base de rencor, termina por justificar la muerte, muerte que va de la mano con la sexualidad. Entre tanto, en *Los chicos no lloran* existe una microfísica del poder -casi evidente- en el núcleo familiar. En esa historia, los animales se humanizan y los personajes se animalizan -se aperrunan- porque los perros también pueden reír y llorar.

Erick sueña la embriaguez de su madre y sueña con Miriam en *La luna en todas partes*, historia homónima al título de la obra. El personaje principal, mientras fuma y recuerda se fusiona con la luna, símbolo romántico y de la fertilidad. Mientras otro personaje, el boxeador Raúl Camacho, busca el recuerdo de Isabel en *Fuera de combate*. Esa búsqueda incesante -predeterminada- incluye el deseo de morir y de esa inconciencia nadie lo salva. Su búsqueda está enraizada en las entrañas del corazón y en la naturaleza humana.

En la segunda parte de la obra hay evocaciones y ensoñaciones. En el cuento *Algo oculta la noche*, la ebriedad, permeada por la frescura y la vida, sólo es un pretexto para rememorar la memoria. La ebriedad es la puerta de salida del personaje, quien escapa del narrador y logra fugarse hacia la libertad. En *Mientras no estabas* el narrador lleva consigo el abandono y la orfandad, enemigos que lo persiguen como el sol a la sombra. Cuando piensa que su novia viene a redimirlo, experimenta otro abandono; siente una gran decepción de lo que creyó era la realidad verdadera.

En *El dios destino*, el narrador personaje se refugia en Brenda, una chica de clase media, porque él siempre se ha pensado pobre. Su destino en realidad está marcado por las estructuras emocionales y mentales que él ha construido.

*Soliloquio de un instante* es la representación de la vida como una ensoñación. Todo es un diálogo sórdido que entrecruza las vidas de los

desconocidos en un instante. La resaca y rememoración crean a *Querube*, un personaje que se sublima en la mente creadora del evocador. Perla-Querube adopta una moda y una identidad, quiere ser diferente; aunque quiebra todas esas consideraciones con su cuerpo desnudo, determinando lo que realmente es: un cuerpo bello. No un fantasma o animal muerto tragado por la carroña.

En la obra *La luna en todas partes*, texto y lector sorben juntos la vida. ¿Solo si hay catarsis? Eso ya es criterio propio. Su lectura ofrece otro punto de vista, contagiando cierta emoción de vivir y reflexionar.

Recuperar, rememorar y rehacer la palabra, parece que es el objetivo de Roberto Aparicio Olivares, el escritor.

El lenguaje es un asunto urgente para el autor, pues así enfrenta, proyecta y apuesta la vida, la hace vivible como en sus textos.

**A.F.G.**

*Precursor ultracostumbrista*

Abril/2020

## **PARTE I**

*El sueño todo, en fin, lo poseía;  
todo, en fin, el silencio lo ocupaba...*

Primero Sueño

Juana Inés de la Cruz

## Íncubo

1

Llega por las noches cuando estoy acostada. El visitante es paciente. Posee la paciencia del buen ladrón. No me he percatado si tiene alas, pero imagino que sí, pues escucho su aleteo alrededor de la habitación mientras yo cierro los ojos fingiendo estar dormida. Anoche lo estuve esperando y no llegó. Me asomé por la ventana y murmuré su nombre: Asazel. Mi propósito fue en vano, el hijo de la noche faltó a la cita y soporté su ausencia imaginando sus caricias y besos con las manos.

Esta noche de luna he dejado la ventana abierta para que él pueda entrar.

Estoy segura que mi ventana es el umbral que él atraviesa, aunque a veces pienso que ya habita en mi cuerpo y sale para disfrutar su propia vida. No debo juzgarlo, también me gusta salir de mi cuerpo, abandonarlo en la cama y volar por la ciudad. Durante mis sueños ocurre, pero quisiera que algún día sucediera en la realidad.

2

Una hechicera me reveló cómo salir de mi cuerpo y regresar a él. Seguí los pasos conforme ella me lo había explicado, pero no dio resultado. Transcurrieron algunos meses y una noche de verano, sin esperarlo, abandoné el cuerpo sobre la cama. Mi espíritu viajó a un lugar desconocido.

—¿Alguna vez has soñado que vuelas?

— Te contaré mi sueño.

Las campanas de la iglesia habían repicado para anunciar la hora de las ánimas del purgatorio. En el convento, las hermanas de la congregación rezábamos el rosario nocturno y de pronto escuchamos un fuerte golpe en el vitral que nos desconcertó.

La madre Isabel se dirigió hacia mí para decirme que saliera al patio y examinara qué había pasado. Me levanté, dejé el rosario y caminé por el pasillo hacia la puerta de madera. La abrí y salí con cautela. El jardín estaba en penumbra.

Avancé en esa oscuridad. Los pliegues de mi hábito se enredaron en los rosales. Comencé a liberarlo y en el intento me clavé algunas espinas en mis manos. Los dedos sangraban.

En un instante, unos hombres comenzaron a surgir de la oscuridad. ¡Dios mío! Era vulnerable ante ellos. Logré zafarme del rosal y caminé angustiada hacia la puerta principal; ellos eran veloces y me cortaron el paso. Di media vuelta y corrí, pero el incómodo hábito propició mi caída.

Uno de mis perseguidores logró agarrarme del tobillo; luché contra él asestando patadas por doquier. Luego me levanté y seguí mi carrera. Sentía una gran agitación y pensé en dar un salto para escapar. Entonces brinqué y así inició mi vuelo por los aires. Al principio tenía unas incipientes alas de

pajarillo que después se transformaron en las alas majestuosas de un águila; con aquellas alas pude volar con total libertad.

Abajo estaba el convento de piedra, la iglesia y los árboles.

Volaba sobre esa ciudad de maqueta sintiéndome un Ícaro que escapaba de la isla de Creta. Desafortunadamente, mis alas comenzaron a desprenderse; una a una las plumas caían, por lo que descendí hacia la tierra baldía.

En esa angustia del vuelo, desperté.

3

La novicia había escuchado con atención la historia del sueño. Apenas tenía dieciséis años y sus ojos inquietos lo creían todo, por lo que la idea de convertirse en un ave y viajar a otros lugares le parecía una experiencia fascinante. Además, Inés su confidente, tenía dulzura en su voz y sabía narrar historias.

Inés se acercó a Mónica y le habló al oído.

La hechicera también me explicó cómo puedes conquistar a tu pretendido. Ella me dijo: Si anhelas enamorar a alguien, debes atraparlo en el sueño. Es muy fácil. Lo primero que harás antes de dormir es imaginarlo, es decir, dibujarlo en tu pensamiento. Al principio cuesta trabajo y parece que no da resultado, sin embargo, debes tener paciencia.

Estás acostada y observas lo alto de la habitación. Te preparas. Piensas que ha llegado el momento de soñarlo. Es algo tan dulce como el mismo sueño. Comienzas a delinearlo con ayuda de tu memoria, nunca es fácil porque esa persona no es la misma que conoces en la realidad.

Yo imaginé y construí a mi pretendido a imagen y semejanza de mi deseo, expresó Inés. En mi sueño lo observé caminando por el jardín.

Mi amado es un despistado lleno de gracia. No es un tonto, sólo un chico arrogante que parece retar a todos con su estilo.

Esperaba a mi pretendido bajo un árbol. Yo sabía que venía hacía mí, pero me hice la despistada. Me gusta pensar que no me importa si es que él pasa.

Cada vez estaba más cerca y mi corazón aumentaba sus latidos. Cuando llegó conmigo, tocó mi barbilla y me obligó a verlo. Al mediodía solamente

pude observar el resplandor y una figura desconocida. Me levantó de la tierra y me aprisionó contra un árbol. Yo sentía un fervor religioso, un desprendimiento de mi cuerpo.

Ayer domingo, cuando lo vi en misa, sentí un quebranto. Tenía miedo de que él supiera de mis sueños y hechicerías. Anoche habíamos estado juntos, recargados en el viejo roble y ahora resultaba ser una persona ajena. Nos hincamos a reverenciar la sagrada hostia y un rayo de sol, que se filtraba por el ventanal, le cubrió la cabeza; parecía que Dios Padre lo señalaba como a su hijo amado. Mi pretendido era celestial.

Entonces le hablé en secreto: ¡Voltea! ¡Voltea! Pero no me escuchó. Otra vez le hablé, como si musitara una oración: ¡Voltea! ¡Voltea!

Mi corazón estaba a punto de reventar de ansiedad y, entonces, volteó. Nunca olvidaré esos ojos, tan plenos y religiosos, oscuros y brillantes. Nos miramos y comprendí muchas cosas.

Ahora sabía que ya era mío, lo había conseguido.

4

Mónica había escuchado el sortilegio y pensaba que Inés tenía un poco de razón, aunque no del todo. Ella también había imaginado y soñado a sus pretendidos, pero su mayor preocupación era el amante que llegaba todas las noches a visitarla. A nadie le había contado de esos encuentros; primero, porque era cometer la falta al pecado del sexto mandamiento; segundo, porque no sabía si él era humano o existía realmente; tercero, porque pensaba que nadie creería su historia.

El amante que visitaba a Mónica por las noches era un íncubo. La madre Esperanza les había dicho un día: si copulan con un íncubo tarde o temprano morirán, pues ellos absorben la energía de sus cuerpos, dejándolas enfermas. Recen, hijas, encomiéndose a Dios que todo lo puede. Venzan el mal que existe en todas partes. No obstante, Mónica deseaba amar, no importaba que el desconocido fuera un hijo de las sombras o un demonio que aprovechaba el letargo para seducir y satisfacerse.

Los íncubos salen por la noche y buscan a las jóvenes vírgenes. Las cortejan. Tienen relaciones amorosas con ellas. Incluso algunos han llegado a fecundar a sus víctimas mediante sus poluciones nocturnas. Los hijos de la noche se presentan bajo la apariencia de hombres reales, luego se transforman en seres maléficos que conducen a las jóvenes al infierno.

He conocido algunas historias de mujeres llenas de santidad que se enfrentaron a los íncubos: Catalina, Magdalena o Brígida. Estas mujeres consagradas a Dios habían estado dispuestas a templar el espíritu a través de ayunos, penitencias y flagelaciones, así obtuvieron la victoria sobre sus cazadores nocturnos, sin embargo, otras sucumbieron al deseo y pecaron con los hijos de la oscuridad.

5

Mónica dejó una carta:

*Cuando era novicia y comenzaba a entender las cosas del amor, se me apareció el íncubo bajo la forma de un hombre. Era una noche de luna y yo estaba acostada en mi cama. El íncubo llegó hacia mí y me dijo que fornicase con él. Me insinuó que no debía tener miedo, pues en el momento que llegara la hora de mi muerte, bastaría con el arrepentimiento verdadero y Dios me perdonaría.*

*No pude resistirme a sus besos fríos y caricias. Se echó encima de mí y sentí que su miembro de virilidad entraba con toda naturaleza, de la misma forma que los machos engarzan a las hembras en la cópula. En un principio sentí ansiedad, más tarde acepté la seducción y me deleité con ese acto impuro.*

*El íncubo derramó su semilla en mi interior y sentí angustia, no podía concebir un hijo de la oscuridad, pues mi cuerpo había sido consagrado a Jesucristo.*

Aquel papel escrito a puño y letra era la confesión de su pecado.

Mónica jamás salió de la celda en la que cumplió un retiro voluntario de cuarenta años, hasta que llegó su muerte. En tanto, el íncubo sedujo a novicias de otros conventos.

Nunca pudieron atraparlo. Algunas víctimas narraban, con cierta discreción, que el íncubo tenía un falo grande, negro y frío como la noche, que era una cosa aterradora y al mismo tiempo admirable.

# La Heredera del fuego

## 1. Insomnio

Augusto M. no logra conciliar el sueño. El aspirante a escritor se levanta de la cama, camina por la habitación y detiene su paso frente a la ventana. A través del cristal observa los relámpagos eléctricos y fugaces. Esos trazos agrietan el lienzo negro sobre el cual está la ciudad. Afuera hace frío.

Resuelto, Augusto abre la ventana. El vientecillo que entra lo cubre con su aroma a tierra húmeda. Esa esencia es el obsequio de la naturaleza, que los seres humanos han gozado desde tiempos inmemoriales, y él la disfruta cerrando los ojos.

Después de imaginar cosas que nunca conoceremos, Augusto vuelve a su afición nocturna de encender un cigarrillo. Azota tres veces la dura cajetilla en el dorso de la mano izquierda, toma un cigarrillo con delicadeza, lame el papel y lo prende. Luego arroja la primera bocanada y el humo se va desintegrando en la oscuridad, poco a poco, sutil y efímero como un fantasma.

En la lejanía, los relámpagos no se cansan de resplandecer sobre un cúmulo de nubes que se ha formado en lo alto de la ciudad, centelleando sobre los edificios multifamiliares de la Unidad Tlatelolco. Sin lugar a duda, será una noche lluviosa.

Con las manos puestas en el borde de la ventana, inclinado, el imberbe escritor ve la aparición intrépida y fugaz de una mujer, al mismo tiempo que un relámpago destella.

La mujer está desnuda y en sus dedos también sostiene un cigarrillo.

El humo de aquel cigarro va subiendo en espirales y cubre el cuerpo de esa mujer que surgió de forma espontánea. El humo semeja al incienso que sale del turiferario utilizado en las procesiones religiosas para bendecir las imágenes sagradas.

Comienza a llover y la mujer cruza los brazos, provocando que aprisione sus senos. Luego lleva otra vez el cigarrillo a los labios y fuma con elegancia, dejando que el humo escape con lentitud, como si un fuego la consumiese por dentro.

Al finalizar, arroja la colilla aún prendida, y ésta va dejando una estela roja en su caída.

Así desnuda, la mujer sube al saliente de la ventana y se tambalea. Permanece recargada en un lado, abraza su cuerpo y se estremece por el frío de la lluvia. Aunque no puede apreciarse con claridad, el escritor novato infiere que es una chica alta y guapa. Piensa que ella tiene una majestuosidad en su ser y un enigma que lleva a la pregunta: *¿Qué hace a estas horas y de pie en el saliente de la ventana?*

En la habitación de la mujer, que brotó de manera fortuita, Augusto observa una tenue incandescencia. Parece que una fogata exigua, a punto de consumirse, está iluminando el entorno con matices anaranjados y al clarooscuro. Toda la escena de esa mujer al natural, parada en la ventana, semeja una composición pictórica, cual si fuese la Venus griega el día de su nacimiento.

2. Es un buen día para morir.

Me gusta la lluvia de la tarde, comentó Angélica.

La lluvia de la tarde me gusta, volvió a decirle ante la falta de una respuesta, mientras los dos caminaban hacia la Alameda Central.

Su novio la apresó con los brazos, se besaron. Los dos parecían muñecos de marioneta, manipulados bajo una proyección de la luz solar, que se filtraba entre los edificios y por las ramas de los árboles.

— Es un buen día para morir, ¿no te parece?  
Él no contestó.

La lluvia aceleró su caída y ambos corrieron para protegerse debajo de la marquesina de un lugar de comida rápida. Estaban empapados y se quedaron sin palabras. Fue en ese momento cuando sus miradas desembocaron en el resplandor que proyectaban las cinco letras del hotel de paso. Así, ellos comulgaron el mismo pensamiento. Entraron al hotel e hicieron el amor; luego el hombre se quedó dormido y Angélica recordó las palabras de su abuela.

— Hija, ¡cuidate de las tentaciones del maligno! ¡Cuida el templo de Dios, que es tu cuerpo! Le decía.

En su infancia, Angélica escuchaba las historias bíblicas que la abuela Teodora le contaba. Ella decía que Dios hizo llover fuego para destruir las ciudades del pecado.

Dios aniquiló a los pecadores de Sodoma, en tanto el humo subía al cielo como el vapor de una caldera. La abuela narraba que el fuego del Señor era eterno para los condenados y que, al final de los tiempos, un ángel derramaría ese fuego sagrado en la tierra, provocando relámpagos y terremotos.

A los siete años, Teodora creyó ver al demonio, escondido en un viejo armario, por lo cual tomó una veladora de la repisa de los santos y la llevó al escondite del diablo con la intención de quemarlo. El fuego se extendió y no pudo controlarlo. Aquel día los padres propinaron a la niña incendiaria cien azotes con la vara de membrillo; la niña estuvo llorando toda la noche, hasta que el frío de la madrugada apaciguó su llanto.

No había duda de que Angélica había luchado contra las tentaciones y conservado su cuerpo, el templo de Dios como su abuela encomendaba, sin embargo, no deseaba ser una virgen y santa que refrenara su ímpetu carnal.

El último año de la preparatoria conoció a Gerardo, el hombre que hoy roncaba a su lado. Cada vez que él se sentaba junto a ella en el salón de clase, observaba su perfil. A veces le veía jugar fútbol como si fuese un niño emocionado. Una ocasión, alguna amiga en común los presentó y entonces se hicieron amigos y después novios.

La primera vez que hicieron el amor fue ese último año de prepa, más tarde el noviazgo se fue banalizando hasta que Gerardo conoció a otra chica en la universidad y comenzó una nueva relación.

Angélica no quería dejarlo, aún salían juntos. No obstante, sentía la imperiosa necesidad de no alejarse.

### 3. Profecía

*Algún día, alguien escribirá la historia de nosotros. Nuestras vidas serán parte de su invención. El presente, pasado y futuro navegarán en el mismo río. Tú morirás en el incendio, abrasado. Yo moriré en la lluvia, cuando me arroje al vacío.*

*En el incendio, despertarás sintiendo el fuego sagrado e imaginarás que te encuentras en el infierno. Gritarás con una voz consumida. Te agitarás en las llamas como un pecador arrepentido. El fuego convertirá tus huesos en ceniza, tu carne será un cúmulo de grasa y tu cabello, que cuidabas con esmero, dejará un olor desagradable.*

*No creerás en tu muerte, porque tu vida tan sólo es una ficción. Aun así, maldecirás mi nombre en el último instante. Todo eso se cumplirá de acuerdo con sus palabras.*

En la madrugada, cuando el hombre dormía, Angélica se levantó.

Fue hacia la cocina, tomó un encendedor; después se dirigió al cuarto del sótano y agarró de la estantería un bidón que contenía gasolina. Regresó a la recámara y vio a su amante dormido, ajeno a este mundo y a sus intenciones. Prendió el encendedor. Estuvo observando la hipnótica flama. Luego acercó el fuego a las orillas del edredón. Comenzó a quemarlo y después arrojó el combustible.

El hombre despertó y se revolvió en las llamas, intentando salir de ese mar de fuego, pero era demasiado tarde.

Consumado todo, Angélica subió al alfeizar de la ventana.

Encendió el último cigarrillo mientras esperaba el momento.

Abrazada a su espalda y temblando por la llovizna, fijó la vista en el abismo que se encontraba treinta metros abajo. Sintió el mismo miedo que tenía cuando estaba en el trampolín, dispuesta a arrojarse hacia la piscina. En esa oscuridad ella pensó que entraría a un mundo líquido.

La mujer desnuda deslizó un pie y la gravedad se encargó de llevarla hacia la penumbra. La mujer que observó Augusto M. cayó junto con la lluvia, descendió como una muñeca de trapo, ligera cual gota de carne etérea que se impacta y destruye en el pavimento.

# Hotel Soledad

## 1. Travesía

En aquel tiempo, el hijo del hombre recorrió una parte de la ciudad en busca de Magdalena, la mujer que se fue de casa para seguir los caminos misteriosos del Señor.

Salió de su cuarto, descendió las escaleras infinitas y entró al bullicio de la calle Uruguay. En su andanza, llegó a la cantina “El Paraíso” donde atendía Wendy, una inquietante mesera que daba la bienvenida a los parroquianos gesticulando una insinuante y falsa sonrisa, delimitada por sus gruesos labios pintados con labial carmesí.

Wendy vestía jeans ajustados y una blusa negra con las palabras Bad Girl impresas en color blanco, la blusa ceñida resaltaba los senos rígidos y exuberantes, incluso ilusorios, pues la diligente mesera en realidad -algunos ya lo sabían- era un travesti consagrado que también ostentaba unas nalgas prominentes y de artificio. Una mujer en toda la palabra, aunque guarda un secreto decían los borrachos que asistían a la cantina todos los días.

En la cantina pidió una copa de brandy, agua mineral y refresco de cola. Antes de atreverse a beber la campechana, estuvo contemplando cómo giraban los cubitos de hielo; después se levantó con el vaso en la mano y fue hacia la rocola. Depositó una moneda y seleccionó canciones que hablaban de traiciones y malas mujeres.

La rocola había remplazado a los músicos que anteriormente llegaban a la cantina para ganarse el pan de cada día. Ahora los clientes depositaban una moneda y seleccionaban el álbum de éxitos de José José o José Alfredo Jiménez. Algunas veces ponían canciones de la Sonora Matancera, de Rigo Tovar o Los Ángeles Negros. Cuando elegían las canciones de La Sonora Dinamita, Wendy bailaba con todos y movía sus caderas con exageración;

luego no era extraño encontrarla atrás de la cantina, arrodillada con fervor frente a algún caballero.

La última canción había llegado a su fin y la copa de brandy también, por lo que nuestro personaje dejó sobre la mesa unas monedas, salió del bar y siguió su travesía por la calle Uruguay.

Era el ritual que cumplía todos los días. Primero salía de aquel cuarto de vecindad, tomaba un trago en la cantina El paraíso y peregrinaba por las calles de la Merced: Uruguay, Circunvalación, Jesús María, San Pablo y Manzanares. Pasaba y repasaba la fila de las prostitutas misioneras recargadas sobre las cortinas de metal o sobre las paredes, que esperaban la llegada de cualquier hijo del hombre hecho hombre.

Estas mujeres estaban acostumbradas a verlo pasar. No era un tipo extraño. Había indecisos como él, esos hombres tardaban mucho tiempo mirándolas, comportándose como niños curiosos que no quitan la mirada de la jaula donde están los tigres.

El hijo del hombre ya había caminado por esas calles y lo volvía a hacer. Una y otra vez, motivado por algo semejante a la fe de los peregrinos que cada año visitan la Basílica de Guadalupe.

Si Magdalena se hubiese largado con otro, no importaba o si regresaba a casa de sus padres, tampoco, sin embargo, ella sacrificaba su cuerpo a los demás y cada entrega corpórea era una cruenta daga, que se clavaba en él, poco a poco, sin misericordia.

## 2. Revelación

La lluvia había comenzado a caer y un aroma fresco, combinado con olor a gasolina quemada se percibía en las calles del barrio de La Merced. Entonces el hijo del hombre detuvo su peregrinar. Frente a él se encontraba una adolescente de quince o dieciséis años, iluminada desde arriba por la luz de la luna y abajo, en la calle Jesús María, por una luz de neón. Esa revelación inquietó al hombre e imaginó que la adolescente semejaba una virgen inmaculada, alumbrada en su nicho.

La joven vestía falda corta, blusa negra y zapatillas con tacón alto. Juntaba y restregaba sus manos en actitud piadosa. La elegida podría ser otra prostituta, pero la mayoría de los clientes fijaba su atención en ella; en la novicia que podía quebrarse cual muñeca de porcelana. Él nunca la había visto por esas calles y eso conmocionó su espíritu. Fue hacia ella y cerró el trato. No hubo demasiadas palabras, los dos entendieron el lenguaje. La joven prostituta comenzó a caminar y él la siguió de la misma forma que el perro obediente

sigue a su amo.

Los dos entraron al hotel Soledad. En la parte alta del muro, sobre una repisa, estaba un reloj antiguo en el cual se medía el tiempo valioso. A un lado, iluminado por una veladora, se hallaba la imagen del Sagrado Corazón de Jesús, que abría su túnica y mostraba un corazón espinado.

La prostituta entró y se santiguó frente a la imagen, como algunas prostitutas lo hacían. Después de pagar la cuota, los dos subieron las escaleras de concreto y llegaron al cuarto indecente, reservado para consumir el acto. En ese lugar, la mujer dejó sobre el buró de madera un pequeño bolso.

No existían palabras para el acto que iban a realizar, ni besos o caricias. El silencio del cosmos formaba parte de la escena.

El hijo del hombre se desnudó y el lado izquierdo del pecho reveló un corazón aprisionado por una corona de espinas. Era el tatuaje de un corazón lastimado.

La jovencita no se quitó la ropa, sólo levantó su falda y se dispuso a la entrega.

Entonces el hombre la poseyó y después de terminar de poseerla comenzó a golpearla.

La joven prostituta cayó al suelo y no gritó, parecía que el cliente también pagaba para ultrajarla a golpes.

Sacó una navaja y la hundió en la piel blanca. La navaja entraba y salía. Salía y entraba de forma impetuosa, como si fuese una segunda parte de la cópula. El personaje arremetió una y otra vez.

Cuando acabó ese impiadoso frenesí, un silencio cósmico regresó al cuarto de hotel, sólo quebrantado por el portazo abrupto y las pisadas apresuradas del asesino, que escapaba cauteloso después de cometer su fechoría.

\*\*\*

El que tenga oídos que oiga.

En el barrio de la Merced, sobre la calle de Jesús María, se encuentra un hotel de paso, conocido por todos y nombrado Hotel Soledad.

En ese lugar está una repisa que sostiene la imagen del Sagrado Corazón de Jesús, iluminada por una veladora que alguien pone todos los días. Algunas

prostitutas antes se santiguan frente al Cristo.

Es posible que le pidan algo en sus oraciones y también con la mirada.

El Redentor tiene unos ojos azules que parecen comprenderlo todo, aunque él dijo que su reino no era de este mundo.

En verdad os digo que éste es el reino de los hombres, aquellos seres efímeros que pueden amar con fervor, vengarse o cometer un asesinato en cualquier momento.

## Los chicos no lloran

1

Llueve sobre la ciudad y Javier piensa que su vida se va lentamente, junto con el agua que desemboca en la alcantarilla.

La avenida se ha transformado en un río caudaloso y él está parado en la banqueta, sosteniendo un ramo de flores alicaídas, hipnotizado por la espiral de agua que se ha formado en el desagüe.

Nada importa ahora, piensa.

Julieta subió al automóvil del sujeto que la acompañaba y se fue por la gran avenida.

¿Quién dijo que todo estaba perdido? había pensado.

En la mañana decidió ir a buscarla al trabajo. Compró flores y la esperó durante dos horas. Sin embargo, ella no salió a comer a la hora acostumbrada y cuando lo hizo, Javier sintió que la realidad le propinaba un golpe bajo, pues Julieta besó al sujeto que la acompañaba.

La lluvia es despiadada y un perro llega a protegerse. No se necesita

pensar mucho las cosas para concluir que es un perro abandonado. Su pelo está completamente mojado. Es un perro viejo que tiembla por el frío y también espera que la lluvia termine.

2

Cuando yo tenía diez años contemplaba la lluvia que caía en el tejado de la casa de mi abuelo. Pasaba muchas horas viendo las gotas que explotaban como misiles sobre las tejas coloradas. Después cubría los vidrios de la ventana con mi aliento y hacía dibujos sobre ellos mientras mi madre horneaba pan en la cocina, por eso me gustaban los días de lluvia.

Por la noche, recuerdo que mi madre y yo rezábamos la oración al Ángel de la Guarda: *Ángel santo de mi guarda, mi dulce compañía, no me desampares, ni de noche ni de día.* Luego ella dejaba prendido un foquito que iluminaba la sagrada imagen. En esa imagen el ángel cubría con sus grandes alas a dos niños perdidos mientras la luna colgaba en lo alto, alumbrando el camino. Eso me hacía sentir bien, pues alejaba los demonios que me espantaban en la noche.

En cuanto a mi padre, recuerdo que era un sujeto extraño. Todas las tardes, cuando él llegaba del trabajo, nos poníamos en estado de alerta en casa.

Mi madre servía la comida a las cinco de la tarde. Entonces él se acomodaba en la cabecera de la mesa y los demás permaneceríamos alrededor. Nadie podía comenzar a comer hasta que mi padre terminara de dar gracias a Dios.

Una tarde se retrasó.

Eran las seis, y mi madre no quitaba la vista del reloj y del cuadro de la Virgen del Rosario, al tiempo que retorció un trapo de cocina con sus manos. Él nunca llegaba tarde a casa. Había dos cosas en las que nunca se retrasaba: a la hora de la comida y la misa de domingo. Para algunos conocidos, su puntualidad era algo admirable, la mayoría hablaba de ello.

A mí me había sorprendido su tardanza y algo me decía que las cosas no marchaban bien ese día.

De pronto escuchamos el motor de la camioneta de mi padre y sentí una especie de temor mezclado con una extraña alegría. Dieron las siete de la tarde y aún no habíamos comido. Entonces entró a casa y nos pareció un sujeto desconocido; llevaba la camisa arrugada y su rostro se veía más rojo que de

costumbre, se tambaleaba y olía a alcohol.

Mi madre se apresuró a servirle la comida. Ella se veía extraña. Yo sabía que ocultaba su enojo con una esmerada sonrisa. Él masticaba los alimentos con la boca abierta, algo que normalmente no hacía. Abría toda la boca, resoplaba y hablaba muy fuerte. Hablaba, pero no se entendía lo que decía.

Había llenado de insultos a su jefe y decía malas palabras, las malas palabras que teníamos prohibido decir. Luego se hizo un gran silencio en el comedor, como si fuese el presagio de lo que ocurriría.

Mi perro entró en la escena. Estaba sucio y mojado. Sus patas iban dejando huellas de lodo sobre el piso que mi madre había limpiado con esmero. Se acercó titubeando. Meneaba su rabo buscando la aprobación de todos. Al fin tomó confianza conmigo, se irguió y apoyó con las patas delanteras en mi pierna derecha.

Los ojos de mi padre relampaguearon. Quiso hablar, pero la comida que masticaba se lo impidió. Se levantó y comenzó a patear a mi mascota. Luego me jaló de la camisa escolar y me dio fuertes manotazos.

Aventó a mi perro a la batea de su camioneta y me obligó a que subiera.

Llegamos al confín de la ciudad, a un lugar desolado. Entonces mi padre bajó al perro y le propinó dos patadas.

Yo miraba todo. El perro, que una tarde lluviosa había recogido de la calle, sucumbía a su ira y no podía hacer nada. Mi mascota quiso regresar, pero mi padre le aventó algunas piedras. Recuerdo que una de las piedras le pegó en su hocico.

La camioneta avanzó con lentitud sobre el camino de terracería. En ese instante miré por el espejo a mi perro y pude apreciar sus grandes ojos cafés. Lo vi sentado moviendo su rabo -y si todo era un juego y si todo era una broma-. Al principio permaneció ahí sentado, incrédulo, viéndonos partir. Luego corrió con todas sus fuerzas.

Corrió y corrió. Sus ojos cafés tenían una inquietud terrible. Quizá su instinto perruno le avisaba que no quería quedarse ahí, en ese lugar de abandonos. Mi padre hizo cambio de velocidad y pude ver por la ventanilla cómo las orejas de mi mascota iban hacia atrás impulsadas por el viento. La lengua colgaba de lado y arrojaba una espumosa saliva sangrienta que iba cayendo en el camino.

En aquel momento pensé que el corazón angustiado de mi perro se asemejaba al mío, como si los dos hubiésemos compartido algo más que la existencia.

La tarde se vuelve sombría.

Arriba el cielo parece un inmenso océano, en el cual las nubes grises y oscuras semejan olas gigantescas que se enrollan con un movimiento de cámara lenta.

Es aterrador imaginar que este cielo océano se derrumbe sobre los seres vivos y destruya la vida del planeta.

Javier suelta el manojo de flores y guarda las manos en los bolsillos de su pantalón. Parece un espantapájaros estropeado por el agua.

Los chicos no lloran, le había dicho su padre alguna ocasión, pero ahora ya no importan esas palabras.

Julieta subió al auto del sujeto que la acompañaba y se fue por la avenida.

El cielo océano no resiste más y comienza a precipitarse en la gran ciudad.

Javier tampoco resiste y llora. La lluvia lo acompaña.

# La luna en todas partes

1. De regreso a casa

Erick regresaba a casa cerca de la medianoche. Su sombra se alargaba por causa de la luna, que en ese momento se encontraba en plenitud, iluminando el centro histórico de esa antigua ciudad, bautizada desde la época colonial como la Ciudad de los ángeles.

La lluvia de la tarde había dejado una esencia aromática que aún se respiraba. Inspirado, Erick encendió un cigarrillo.

En la primera bocanada aspiró fuerte y soltó muy despacio el humo. Nadie estaba en la calle, sólo el eco de sus pisadas sobre las baldosas y él, que respiraba con plenitud, sintiendo la frescura de la noche.

Tenía dieciocho años y trabajaba en una tienda de autoservicio que cerraba a las once de la noche.

Había sido el mejor cajero del mes en tres ocasiones. Aunque ese nombramiento le costaba realizar trabajo extra como ayudar al supervisor en el corte de caja administrativo. Por ello, a veces llegaba tarde a casa. Cenaba y después hacía las tareas que presentaría al otro día, en las diversas materias de la carrera de Administración.

Las bocanadas liberadas en el aire formaban madejas espectrales que se difuminaban en la noche fría.

El ruido de las pisadas sobre la calle fue disminuyendo y el personaje, cubierto en humo, se detuvo frente a un viejo portón de madera. Sacó las llaves del bolsillo y abrió la frágil puerta que gimió con tristeza.

Por fin había llegado a casa.

## 2. Vodka

—Erick... ¿eres tú?

—Sí, mamá, ya vine.

—Te estaba esperando, ¿vas a cenar?

—Hmm, no, mamá. Cené algo en el trabajo.

—Te preparé albóndigas, tus favoritas.

—Sí, hmm... pero que mejor sean para el almuerzo de mañana, mamá. Voy a mi cuarto. Tengo mucha tarea.

—Está bien, hijo, descansa.

—Hasta mañana, mamá.

—Hasta mañana, hijo.

Erick se acercó al sillón viejo donde reposaba su madre y le dio un beso en la mejilla.

La mujer dormitaba entreviendo el noticiero, junto a ella estaba una botella de vodka vacía. Más tarde Erick apagaría la televisión y le pondría una frazada. Entonces pensaba: desde que papá ya no está en casa, mi madre ha envejecido muy rápido.

La ventana abierta y un poco de incienso encendido reconfortaban a Erick, que se disponía a leer la teoría económica de Smith, al tiempo que en la grabadora sonaba el *grunge* de la banda Soundgarden. Dejó el libro un momento y encendió otro cigarro.

Eres una chimenea, le decía su madre. Aunque ella también pasaba las tardes fumando varios cigarrillos.

Casi siempre los cigarrillos que fumaba eran acompañados con una botella de vodka de la que su madre iba tomando poco a poco, hasta que el color de sus mejillas sobresalía y superaba al maquillaje que utilizaba para ocultar la borrachera.

Bien, ahí está la luna, pensó Erick.

En el marco de la ventana reaparecía la luna resguardada por algunas nubes oscurecidas. Era el tipo de luna misteriosa utilizada en las películas de terror y de hombres lobo.

Apoyado en el alfeizar recordó a Miriam, la primera novia que tuvo a los dieciséis años.

### 3. Un viaje hacia el pasado

El resplandor de la luna, en la noche de verano. Un sábado. El fraccionamiento solitario. El pórtico de la casa de Miriam. Una despedida. Las luces apagadas y la ventana abierta. La música que salía de una habitación. El estribillo de una canción de moda: sólo vives una vez, sólo vives una vez...

—¿Hiciste la tarea de mate?

—No, ¿es para el lunes?

—Sí, dijo el profe que si no la llevamos no tenemos derecho al examen.

—Hmm. Estoy en problemas, no tengo nada hecho, ¿y tú?

—Tampoco.

Los dos novios primerizos estaban nerviosos. La madre de Miriam se había asomado por la ventana en diversas ocasiones, sin darles el tiempo suficiente para tomarse de las manos. Ella era la supervisora de la moral y las buenas costumbres.

—Miriam, ya entra a casa. Tienes mucha tarea para el lunes.

—Sí, mami, ya voy.

—Y mañana vamos a la iglesia temprano.

—Sí... Bueno, ya me tengo que meter a casa.

—Sí... hmm... quiero que sueñes con los angelitos y conmigo.

—Sí, mi amor, ya sabes que siempre sueño contigo.

Cuando la madre de Miriam corrió el velo de la cortina, los dos jóvenes, sin pensarlo, aprovecharon esos segundos para tomarse de las manos, acercar sus corazones acelerados y besarse con ternura.

De vuelta a la realidad, Erick suspiró.

Esbozó una sonrisa y aventó el cigarrillo sin terminar. Luego cerró la ventana.

Afuera la luna siguió alumbrando al planeta Tierra, como lo hace desde tiempos inmemoriales.

El satélite brilló en lo alto, distante y ajeno a recuerdos o a historias de enamorados.



# Fuera de combate

## 1. Abatido

Ocurrió un sábado por la noche. Sábado de box en la televisión y calor infernal en el puerto de Manzanillo. Esa noche el bochorno iba en aumento y cubría con su manto a todos los habitantes del puerto; algunos se refrescaban en los umbrales de las casas con una cerveza fría en la mano, cerveza que también parecía sudar.

El calor excitaba a los perros que ladraban de forma insistente, alterados. Primero comenzó uno, luego otro y después se formó un coro de ladridos desordenados -sin ton, ni son- que se escuchaba por todas partes. El contagio de ladridos llegó hasta el fraccionamiento La Higuera, aunque en aquel coto de casas sólo dos perros dirigían sus ladridos obstinados a un hombre que se hallaba tirado en la banqueta y pretendía levantarse.

Raúl Camacho, apodado La Liebre, estaba ensangrentado. Minutos antes, cinco sujetos le habían dado la paliza de su vida, dejándolo como Santo Cristo en su Calvario.

La luz de alguna casa se encendió y alguien se asomó por la ventana para averiguar por qué había un hombre en el piso de la calle. Ese alguien, una silueta, observó al hombre que intentaba ponerse en pie. Después cerró la ventana y apagó la luz.

La lluvia de la tarde había dejado una calle fresca, limpia y solitaria. Un valioso presente para las personas que sufren insomnio y salen a caminar. Después de la lluvia regresó el calor, y por las alcantarillas escapaban fantasmas de vapor, como si por dentro existiera una máquina o una caldera que diera vida a esos espectros que salían para desvanecerse en la oscuridad.

Una rata salió de entre los botes de basura, llegó a media calle y se irguió como lo hiciera un conejo. Su nariz pretendía reconocer el olor a sangre que provenía del hombre derribado. Movía la nariz con gracia al tiempo que enseñaba unos dientes afilados.

Los ojos de la rata brillaban y se revolvían en su órbita con malicia. Eran negros, fríos y acuosos, como si estuvieran hechos de tinta china. Esta rata

corrió hacia la sangre y comenzó a lamerla. Era extraño verla lamiendo la sangre de Raúl Camacho, como si fuese un gato tomando leche. Su audacia entusiasmó a otras ratas escondidas que no lo pensaron mucho y llegaron a disfrutar del festín.

El hombre trataba de alejar a las otras ratas que bebían su sangre, pero sus movimientos eran lentos. Algunas de estas ratas habían dejado la sangre y ahora se acercaban al rostro desfigurado. El desdichado gritaba, pero la sangre que tenía en la garganta no permitía que saliera palabra alguna. Sólo se oía un lamento de animal indefenso, un gorgoteo que podía interpretarse: déjenme en paz, malditas.

La rata que había llegado sola dio un salto y enfrentó a las demás. La exhibición de sus grandes colmillos provocó que las otras se alejaran un poco. Después de todo era una cuestión de respeto. Ella lo había encontrado y podía comenzar a saborear la carne fresca que estaba expuesta como el mejor de los platillos. Así, sus colmillos afilados hendieron la carne y el desventurado bramó en la calle solitaria.

En ese momento, un perro, salido de *quién sabe dónde*, entró en escena. Se acercó husmeando al lugar en el cual se encontraba el hombre caído, la rata y las demás ratas.

Llegaba como un redentor para salvar la vida del desventurado.

El perro mostró su amenazante dentadura, ladró, y eso provocó que la rata huyera del lugar junto con las otras. Aunque en un rincón, escondida, mantuvo los ojos fijos sobre la carne tumefacta que había comenzado a morder hacía poco tiempo.

## 2. Iluso

Noqueado en la banqueta, reconocía que no había sido una buena idea ir a buscar a Isabel, pero los tragos de alcohol que había bebido en la cantina le provocaron una gran confianza en sí mismo. Entonces recordó que había vencido al Gallo Pallares y que por ello ganó el campeonato de peso pluma en el boxeo local del puerto de Manzanillo.

Un cúmulo de pensamientos había dado vueltas en su cabeza antes de salir de la cantina: iría a casa de Isabel, le pediría perdón y después se la llevaría a otro lugar para que juntos recuperaran el tiempo perdido.

Salió de la cantina y tomó el rumbo a su destino.

Vivía la otra vida, estaba en la otra realidad.

Iba a buscarla, pero en el fondo no la buscaba a ella. Deseaba que volvieran los días pasados, las noches de luna, los besos y suspiros en comunión. Al parecer no estaba enterado, nadie le había dicho que el mundo seguía girando sobre su eje y las cosas cambiaban todos los días.

Llegó al fraccionamiento, fue a la casa de Isabel.

Tocó la puerta.

La puerta se abrió.

—¿Qué quieres? No puedes venir aquí. ¿No sabes que ahora estoy casada?

Se acercó y le suplicó que lo perdonara.

No había duda de que era un hombre de fe y deseaba creer que nada había cambiado.

En un instante, la realidad se hizo presente y de la casa salieron cinco hombres indignados. Uno llevaba un bate, los demás cerraban sus puños siniestros.

En su delirio pensó que podía vencerlos. Otra vez la confianza y determinación forjada por el alcohol.

No hubo misericordia. Los golpes cayeron sobre el visitante inoportuno cual ola intempestiva.

Ahora él está tumbado en la calle.

Esta ocasión no hay luces en el ring, ni cuenta regresiva. Sólo está la luna alumbrando en lo alto al hombre derrotado por el recuerdo.

## **PARTE II**

*Si pudiera borrar  
Esos viejos recuerdos*

*Que como viles cuervos  
Arrancan ya mis ojos*

*Dejando mis despojos  
Entre historias hirientes  
Igual de indiferentes  
Al amor y a las gentes*

Distante Instante

Rockdrigo

## Algo oculta la noche

1

No duermo a gusto desde que me mudé a esta vecindad. Demasiado ruido proviene de la cantina de abajo. Cada noche, la rocola programada de la cantina toca la misma canción: *Un mundo raro*. Imagino que la ranura recibe las monedas del sempiterno borracho que sufre mal de amores y llega todos los días a escucharla; en tanto, otros borrachos cantan en coro: *y que vienes de allá, de un mundo raro, que no sabes llorar, que no entiendes de amor y que nunca has amado....*

Pienso en el lugar del que habla el cantautor José Alfredo Jiménez en su canción. Ese mundo raro ha provocado que la mujer del ebrio -que llega todos los días- sea sórdida, como la Ciudad de México.

Guardo un poco de mezcal para estas ocasiones de insomnio y soledad. Lo compré a buen precio en un mercado de Oaxaca. No es un mezcal oneroso, pero logra aturdirme. En este estado de aturdimiento, me pongo a pensar en María Fernanda, mi compañera de la universidad.

Imagino que ella duerme en una cama de cedro que tiene sábanas blancas y limpias y es abrigada por un edredón suntuoso. Su cabello, aún húmedo por la ducha, desprende una fragancia de flores primaverales. Lleva puesto un corpiño adornado con encaje y un pequeño listón color rosa, en tanto, bajo su cadera, una pantaletita exacerba la escultura de sus muslos.

Concluyo que la luna, que esta noche cuelga en lo alto, debe hacer su trabajo enviando el resplandor para que la inmortalice como diosa antigua.

Empino la botella y bebo un buen trago. Otra vez soy un hombre bebiendo solo. Asomo por la pequeña ventana de mi cuarto y observo la azotea iluminada. Ahí están los lavaderos y tanques de agua, los tendedores de ropa, las viejas y nuevas antenas de televisión, las chimeneas de lámina, todo alumbrado por la gran luna.

Doy otro sorbo al mezcal, mientras una nube oscura se encarga de cubrir al satélite. Ahora las cosas son tenebrosas. La oscuridad ha regresado a su origen. En esta atmósfera, un miedo inmemorial, el miedo de todos los hombres, comienza a invadirme. En la azotea podrían estar ellos, los espíritus antiguos que habitan la tierra. Cerca, a unas cuerdas, está el Templo Mayor de los aztecas; quienes eran hombres y mujeres del pasado que temían a las fuerzas de la oscuridad.

Tomo una lámpara y enciendo la radiograbadora que está sintonizada en la estación 620 am, se oye la canción *Comfortably numb* que trae a mi mente el ensueño de María Fernanda. Ahora está en la cafetería de la Facultad y arroja esa luminosidad que me hace reflexionar en su belleza pretérita, de adolescente o de niña. Creo que nada ha cambiado. Las mujeres adineradas por lo general son lindas y soy el mismo tonto que se enamora de ellas.

María Fernanda sonríe con sus amigas, conversan. No entiendo de qué, ni siquiera me importa. Todo lo hace con un movimiento lento, distinguido. Su novio, un tipo forrado de billetes, se acerca por atrás, le toma los hombros con delicadeza, aparta el delicado cabello y besa su mejilla. Ella voltea y le devuelve el beso. Las amigas comprenden que ha llegado el momento de retirarse y se levantan. Un círculo de besos en las mejillas como despedida. María Fernanda y su novio se han quedado solos. Los dos son como una pareja aristocrática, el príncipe y la princesa de un cuento infantil.

Enciendo un cigarrillo, la luz de la luna regresa. Recojo el libro de poesía que yace en el piso, pues ha caído de la columna inestable de libros. Al tiempo que suelto la bocanada leo: *Hablo, es para oírte/ te escucho, siempre comprendo/ sonríes, es para invadirme/ tu sonrisa es el mundo entero/ te abrazo para prolongarme/ si vivimos, todo será placer/ si te abandono, recordaremos.*

No cabe duda de que existo. La brisa de la noche, que entra por la ventana, me bendice. El mezcal, el cigarro y el poema de Éluard me inspiran para dejar mi guarida de último piso de vecindad y salir a la calle.

Heme aquí. El estudiante, que viene de provincia, recorre las calles del centro histórico de la Ciudad de México. Por un instante pienso en mis padres y hermanos. Sería terrible morir en este lugar extraño y que ellos se preguntaran: ¿por qué salió a esa hora?

En las calles aún se ven personas y a mi mente llega una frase que leí hace tiempo en el *Libro de los proverbios* y que siempre traigo en mi memoria: “no transites por rutas de impíos, no vayas por caminos de malvados...” Demasiado tarde. He llegado a las cantinas de la Plaza Garibaldi. Aquí es el territorio de los ebrios y los músicos.

Entro al Tenampa, me dirijo a la barra y pido una cerveza de barril. Uno de los momentos más agradables en mi vida es dar el primer sorbo a la cerveza. Aquel instante de espera, cuando la espuma disminuye, me causa un deleite mental, en seguida la frescura que recorre la laringe hasta el estómago se transforma en un orgasmo de alcohólico.

Es casi medianoche y afuera un grupo de mariachis toca *Y nos dieron las diez* de Joaquín Sabina. Algunos extranjeros, en su mal español, cantan con el mismo sentimiento que los mexicanos, también están borrachos.

Este lugar, la típica cantina mexicana, tiene una aureola de sueño. Es como si todos formáramos parte del sueño de alguien, de algún ebrio por supuesto, que estuviese dormido en cualquier parte, soñando con nosotros.

Pido la segunda cerveza y dejo un billete sobre la barra. Me siento un hombre rudo, la personificación de un vaquero de western hollywoodense, quizá Lee Van Cleef.

Otra vez bebo despacio, no tengo apuro y el miedo a la noche se va desvaneciendo.

Un efecto extraño: aquí, rodeado de borrachos, me siento seguro. Casi es un ambiente familiar, como si fuese un reencuentro de amigos. Con toda calma recuerdo a María Fernanda. Ahora está en la biblioteca de la Universidad, escribe en su computadora personal. Los tirantes de la blusa azul enmarcan sus hombros perfectos, mientras el escote resalta unos pechos duros y redondos. Dos mechones de cabello circundan su rostro angular, es la chica perfecta para mí y pienso que mi vida se encuentra en ella.

Al final de la barra una mujer bebe un Martini. Tendrá cuarenta años. Le hago un gesto alzando el tarro de cerveza y me responde llamándome con un movimiento de cabeza. Llego a su lado y me siento. Está ebria.

—Hola, ¿cómo te llamas?

—Alejandro.

—Es un bonito nombre, así se llamó mi esposo.

—¿Viene seguido a esta cantina?

—¡Háblame de tú! No estoy tan vieja. Sí, todos los viernes saliendo de la oficina paso aquí.

—Me llamo Mayra, ¿me invitas otro trago?

—Hola, Mayra, es un placer conocerte. No traigo mucho dinero, pero te invito un trago de lo que estás tomando.

—¿A qué te dedicas, Alex?

—Soy estudiante de Filosofía en la UNAM.

—¿Por qué estudias esa carrera? ¿de qué piensas vivir?

—Aún no lo sé.

—Eres guapo. ¿Tienes novia?

Cómo le explico que no tengo novia. Me gusta María Fernanda, pero no soy nada de ella, ni siquiera una sombra en su vida, por lo cual le digo que estoy saliendo con alguien sin ningún compromiso.

—Un *free*, ¿no? Los chicos de ahora así le llaman.

—No necesariamente, apenas la conozco.

—¿Cómo se llama tu amiga?, o ¿tu *free*?

—María Fernanda.

—¿Es guapa?

—Sí, demasiado.

—¿Qué te gusta de ella?

—Sus ojos.

La mujer pide al cantinero otro Martini. Observo su perfil y tiene una nariz respingada, no mucho, pero este rasgo la hace ver elegante. Su cabello tiene algunos mechones rubios y su cuello se ve arrugado. Lleva puesto un horrible

traje de color rojo, el uniforme de trabajo, supongo.

Ella desprende un aroma a fragancia Diamante Blanco, pienso en mi madre, también lo usa. Entonces un escalofrío recorre mi ser y tomo otro trago de cerveza.

Un grupo de borrachos entra al Tenampa haciendo escándalo. Atrás de ellos, un grupo de mariachis entra y comienza a tocar la canción *Cielo rojo*.

En ese momento, la mujer que acabo de conocer se recarga en mi hombro y cierra los ojos.

—Me gusta esta canción, ¿me abrazas?

Cuando yo la abrazo me siento nuevamente un estudiante provinciano en la gran ciudad.

Pienso en mi familia: *si ellos me vieran pensarían que soy un hombre que frecuenta mujeres de ocasión*. Casi escucho la voz angustiada de mi padre, que es católico de hueso colorado, decretando no darme más dinero, porque seguramente ese dinero es para ellas, las malas mujeres, pero lo que realmente me perturba es que empiezo a tener una erección bajo el pantalón. La sensación de abrazar a una mujer madura, que aún tiene una figura respetable, me desconcierta.

—Sabes, estoy de luto porque mi marido se fue.

—Lo lamento, ¿cuándo falleció?

—Noooo. Mi marido me dejó. Me abandonó. Se largó con otra.

3

Algo oculta la noche. Estoy viviendo el sueño que un alcohólico está soñando. Creo que nada es real, ni la cantina ni los tragos que nos hemos tomado y que no sabemos quién los pagó. Me olvido de todo lo que me rodea y beso a la mujer que acabo de conocer. Al principio me sentía un sujeto acorralado, ahora le digo palabras de enamorado que ella quiere escuchar.

Salimos del bar. Todo es parte de un sueño: la música, el eje central, las

calles, el taxista y la botella de vodka que pasamos a comprar a una tienda de 24 horas.

La borrachera nos lleva al cuarto de vecindad.

La mujer que está conmigo se estremece cuando beso y acaricio su cuerpo.

Mientras, en lo alto, la luna sigue alumbrando esta ciudad, con su resplandor ilumina a María Fernanda, la mujer añorada por muchos, que duerme ajena a este mundo, que descansa inmutable como una bella durmiente del bosque.

# Mientras no estabas

1

Esta mañana recordaste a tu padre.

Estabas acostado en la cama observando lo alto de tu habitación, y lo evocaste, después de cerrar el libro *Un Mundo Feliz*.

Tu padre, el hombre que siempre se buscó a sí mismo sin encontrarse. El sujeto reflexivo y ensimismado que un día se fue de casa.

Llegó a tu pensamiento una entrevista que le hicieron a Stephen King, recordaste lo que él dijo de su padre: Mi padre salió un día a comprar cigarrillos y ya no regresó.

Marlene tu chica, también había salido a comprar cigarrillos a la tienda. Era probable que ella no volviera y por un instante sentiste angustia. Te arrepentiste.

Tú debías ir a comprar los cigarrillos, pero sufrías una resaca inclemente que te había crucificado a la cama.

Hace dos años no tenías novia, te emborrachabas todos los días y eras la parodia del artista. Ahora las cosas son distintas, Marlene es otra parte de ti. Está contigo y disfrutas las tardes de lluvia en las cuales escuchan trova; las tardes que ríen juntos y hacen el amor.

2

Algún tiempo atrás, tu madre te dijo que tu padre estaba muerto. Ella sentenció: “tu padre murió en el norte, en los Estados Unidos”.

Tenías once años y desde esa edad, sueñas que él regresa.

En cada sueño es un padre distinto. Y aunque sabes que todo es mentira, pues tu padre vive en otro lugar y con otra familia, quieres pensar que en realidad murió. Lo mantienes en sueños o en esa parte de tu pensamiento que lo transforma en un recuerdo. Quieres decirle: Mientras no estabas, aprendí yo solo a andar en bicicleta, fui el promedio más alto en el último año de la escuela primaria y en la secundaria besé a mi primera chica. También le dirías: Mientras no estabas los demás me preguntaban por ti y les decía que habías muerto.

En la adolescencia, los bravucones de la escuela te molestaban y tú no te defendías. Hasta que un día propinaste el primer golpe a uno de ellos. Después te volviste peleonero. Sacabas la furia y el resentimiento a través de tus puños, como un personaje de *El club de la pelea*.

Llegabas a casa sangrando, pero nadie te veía, pues tu madre trabajaba de sol a sol y tu abuela siempre se quedaba dormida con el televisor encendido. Así que tenías que recuperarte solo, oculto en tu guarida.

Te expulsaban de las escuelas, te inscribían a otras y volvían a expulsarte. De esta forma cursaste la secundaria y el bachillerato. Tenías malas calificaciones y los profesores acusaban que eras incorregible. Pero cómo explicarles lo que sentías. Todo el resentimiento hecho nudo y atorado en lo más profundo de tu ser.

Fue en esa época que conociste a Raúl, otro joven rebelde y resentido. Se volvieron cómplices y con él te iniciaste en la delincuencia juvenil. Empezaron con pequeños hurtos en la escuela preparatoria o en las tiendas de autoservicio. También comenzaste a tomar alcohol y a fumar cigarrillos

En las noches salían a tomar cerveza y a grafitear las paredes con el lema: “Prófugos sin ley”. En ocasiones se liaban a golpes con integrantes de otras bandas. Raúl y tú estaban solos, no necesitaban de una banda. Los dos encendían la radiograbadora que habían robado y ponían cintas de heavy metal. A la luz de la luna fumaban mariguana y tú escuchabas los planes de tu amigo: se iría a los Estados Unidos y trabajaría cortando naranja. Cuando regresara a México le construiría una casa a su madre y pondría un negocio de instalación de audio para automóviles.

Raúl se fue al otro lado y a los dos años de que regresó a México murió en Tijuana; se inyectó una sobredosis de heroína y no volvió de su viaje.

las historias que se comentaban sobre ti. Iba en tercero de secundaria y tú en segundo año de prepa. Después supiste, a través de sus palabras, que la habías cautivado por tu forma de ser: peleonero, irreverente y delincuente juvenil. La esperabas por la mañana, cuando llegaba a la secundaria. Tenías diez minutos para estar con ella, pues tú entrabas a la prepa a las ocho. Se besaban y abrazaban a dos calles del instituto.

La mañana olía a pasto húmedo y el sol los bendecía proyectando la luz sobre sus cuerpos juveniles. Tu novia colgaba de ti, diciendo que te amaba profundamente. Tú la besabas con ternura y disfrutabas la frescura y suavidad de sus labios. En ese momento deseabas casarte con ella. Llevarla a tu casa y no regresar a la escuela.

La tomabas de la mano y caminaban juntos hacia la entrada de la secundaria. La dejabas en su escuela arriesgando un beso corto, pues los prefectos la reportaban. Luego te encaminabas a la preparatoria. Algunas veces no entrabas a la escuela e ibas a jugar videojuegos en la tienda de la esquina.

Así transcurrían tus días entre los cigarrillos, el alcohol, la preparatoria, los días de pinta, los videojuegos y tu novia Wendy Salmahí. Hasta que uno de esos días, un sábado, Salmahí te traicionó.

Esa tarde fuiste a visitarla, y cuando te aproximabas a su casa, te diste cuenta de que ella venía tomada de la mano de alguien más. Al principio pensaste que era una broma o un simple juego, sin embargo, el beso profundo y apasionado que él le dio no te dejó duda.

Wendy Salmahí te había traicionado y tú no sabías qué hacer. Sin que ellos te vieran, te diste vuelta en la siguiente cuadra. Te sentías derrotado, triste e iracundo. Tenías una gran agitación y el impulso de llorar y partirle la madre a todos, no sólo a tu rival.

Te acordaste de tu padre: ¿Qué hubiera hecho él en esa situación? Temblabas, mientras tu vida se caía en fragmentos.

Era el momento de no retroceder, saliste de tu escondite y te dirigiste hacia donde ellos estaban. Sentías miedo y odio. A unos pasos comenzaste a gritarles, ahora no recuerdas qué dijiste aquel día. Llorabas y gritabas, en tanto Wendy Salmahí intentaba calmarte con palabras que no querías oír. Empezaste una pelea contra tu adversario. Lo golpeaste hasta hacerlo sangrar y luego emprendiste la huida.

Ibas lastimado por los golpes que también recibiste, pero te dolía más el golpe directo al corazón. La luna estaba en lo alto y caminabas sin saber a dónde ir, te perdiste por algunas calles de tu barrio hasta que entraste a una tienda. Pediste que te vendieran una cerveza. La bebiste para calmar tu dolor, después no te acordarías de nada. Quizá algunas escenas en tu mente, en el

instante en que despertabas en un bar oyendo y cantando la canción de José Alfredo Jiménez *¿Quién no sabe en esta vida, la traición tan conocida que nos deja un mal amor?*

Posiblemente otra escena: Tu madre echándote agua fría, mientras tú llorabas acostado en el suelo, como un niño con berrinche, al tiempo que ella te decía: ¡Eres igualito a tu padre!

Escenas que tu memoria ha tratado de olvidar.

4

En la novela *Un Mundo Feliz*, John El Salvaje fue apedreado por todos y huyó del ritual de iniciación en la Kiva.

En el escenario de una gran luna, que proyectaba su luz sobre la desierta llanura, el personaje estaba herido y sollozaba, pero no era por el dolor sino por la soledad, porque reconocía que no formaba parte de la tribu ni del mundo. Al igual que él, tú sabes que has venido a un territorio hostil e indiferente, en el cual no puedes evitar sentirte abandonado; aunque comprendes que este mundo puede ser otro y lo confirmas cuando Marlene tu chica abre la puerta y entra.

Entonces quisieras contarle los recuerdos que tuviste en su ausencia, pero ella te atrapa en su sonrisa y tus intenciones, de la misma forma que tus palabras, se van diluyendo como el recuerdo que aún tienes de tu padre.

# El dios Destino

*Que mi destino siga su curso, vaya donde vaya*

Edipo Rey

## 1. Crucificado

—¡Dios mío!

—¡Ave María Purísima!

—¡Nadie la libra! Ricos y pobres.

—¡Descanse en Paz!

La muerte estaba en la cornisa de aquel edificio, abrió sus alas y descendió con las garras abiertas. No hay duda de que la única certeza que tenemos, en esta vida incierta, es el sueño que alguna vez se llamó vida y ahora se nombra muerte. Todo lo demás es una interpretación ramplona y un placer morboso de la gente que viaja con nosotros en el transporte colectivo. Mientras ese hombre infortunado, que yace sobre el asfalto con los brazos abiertos cual Cristo crucificado, manifiesta que nunca regresará a casa.

—¿Qué tanto divagas? —dice Brenda.

—Nada.

—¿Cómo que nada?

—En verdad, no es nada.

—Escuché tu filosofía barata. Sólo es un hombre muerto, que en paz descansa.

—Olvidalo, nunca lo entenderás.

—¿Entender qué?

—Nada.

Brenda se queda callada y el viaje en autobús hacia la universidad promete ser aburrido. El silencio que pesa sobre nosotros es el resabio de la muerte de ese hombre. En el asiento doble, paso uno de mis brazos sobre su hombro y ella se recarga en mí. Huelo el aroma de su cabello y eso me reconforta. Creo que tengo a una linda chica a mi lado y me siento orgulloso por ello.

## 2. Ella cruzó el umbral

Soñé a Brenda antes de conocerla, soñé a Brenda en una noche llena de soledad. Me refiero a esas noches en las cuales escuchaba *Animals*, el disco compacto de Pink Floyd que compré en rebaja en el centro comercial, mientras me estimulaba en mi cuarto y me sentía solo.

Recién había ingresado a la universidad y tenía medio año que había terminado con Alejandra, mi novia de la preparatoria. También eran los días del borracho irremediable. Bebía cerveza, mucha cerveza, y siempre me quedaba dormido en las fiestas; algunos me veían como el pobre diablo que siempre se dormía en ellas. Aunque eso de “pobre diablo” hay que ponerlo entre comillas, pues en la facultad todos bebían cerveza como devotos alemanes. Sin embargo, antes de conocer a Brenda la soñé. Sé que esto es algo cursi de contar. La mitad de mis amigos no me cree.

Soñé a Brenda cuando la canción *Sheep* me evocaba paisajes bucólicos. En mi sueño, ella se acercaba como una diosa. Desperté con un sobresalto y reflexioné por unos instantes que debía dejar la mariguana.

Aquella noche no concilié el sueño y me quedé despierto hasta las siete de la mañana. En mi noche de vela, vi la película de *Corazón valiente*, leí el libro *Elogio a la locura* y acomodé mis discos compactos en su estuche correspondiente.

Ya de día era un espécimen trasnochado. Mi camarada Saúl se ofreció a “curármela” en la antigua cantina donde llegaban estudiantes universitarios. Le dije que no estaba crudo, sino desvelado. Entonces me dijo que un cristalazo me iba a alivianar.

Fuimos al departamento que Saúl rentaba, fumamos en la pipa de cristal y en media hora los dos escuchábamos el nuevo disco de Trent Reznor a todo

volumen, mientras la televisión proyectaba videos absurdos. Luego sacó el auto y fuimos a comprar cerveza. A esa hora me sentía como un dios todopoderoso y el mundo me parecía “recién pintado”, como dice una frase del cantautor Joaquín Sabina.

Eran algo así como las seis de la tarde cuando Saúl y yo fuimos invitados a una fiesta improvisada en la casa de nuestra amiga Edith. Había mucha cerveza y botana, y la mayoría bailaba al ritmo de los Tucanes de Tijuana, grupo que no me gustaba, pero que escuchaba sin problema alguno. Luego cambiaron la música y casi todos se desgañitaban con las canciones del grupo Intocable. Alguien no se cansaba de repetir “porque fuerte no soy”, y todos volvían a cantar la misma canción, una y otra vez, hasta el desaliento.

En ese momento pensé que si me quedaba oyendo esa canción perpetua llegaría a la locura, así que opté por salir a la terraza, donde la élite intelectual de la facultad discutía sobre la demencia de Nietzsche.

Me acomodé en un sillón y puse cara de hombre que reflexiona, aunque realmente pensaba en cómo vencer al demonio del videojuego Soul Reaver. Estaba en esas cavilaciones cuando Brenda cruzó el umbral de la terraza y entendí que un dios, el dios Destino, me tenía preparado algo que merecía desde hacía tiempo.

### 3. La chica de las mariposas

Brenda vestía un pantalón negro stretch de campana al estilo setentero, y una blusa ajustada también negra; se veía radiante. Pero lo que me cautivó fue la diadema juvenil que no tenía razón de ser en su atuendo, pues ésta lucía figuras de mariposas multicolores. Entonces pensé: Esta chica pretende aparentar que es experimentada en fiestas y ligues, sin embargo, en el fondo es una chiquilla retraída que viene a divertirse con la encomienda de llegar temprano a casa. Y así fue.

Me acerqué y le dije:

—Eh, chica de las mariposas, ¿cómo te llamas?

No contestó. Una de sus amigas hizo un gesto de aversión. A las siete de la

tarde, desvelado, narcotizado y cuasi alcoholizado, debía tener un rostro ojeroso igual al de Michael Jackson en el video de *Thriller*.

—Eh, chica de las mariposas, ¿me permites conocerte?

El rostro de Brenda se convirtió en un signo de interrogación: ¿Disculpa?

—Soy Gustavo, ¿cómo te llamas?

La amiga de Brenda me observó de arriba hacia abajo y dijo: Regreso. Entonces solté un torrente de palabras que era necesario decirle. Tantos libros leídos de poesía y novelas cursis del romanticismo español y alemán, y muchas canciones de trova almacenadas en mi memoria provocaron que me transformara en un poeta perturbado que suspiraba intensamente.

Brenda sonreía con sus diecinueve años recién cumplidos. El vate improvisado en el que me había convertido le interesaba y me lo dijo: Eres una persona interesante. Aunque no lo tomé como un cumplido, sino como una punzada a mi ego. Necesitaba decirle más cosas y, al mismo tiempo, escucharla. Así, pasamos casi dos horas riendo y conversando, alejados de la fiesta y la música, que ahora articulaba ritmos melancólicos y frases desconsoladas.

Charlamos de películas de terror, de caricaturas y de programas de televisión que habíamos visto en la infancia. Podría decirse que todo discurría sobre nuestros recuerdos infantiles. Fue en ese momento que le hablé de la dulzura de sus ojos, que eran los mismos de siempre, de cuando ella era niña. Brenda también comentó que yo tenía una mirada de niño y que le gustaban mis ojos con esas pestañas grandes y rizadas.

Salimos de la fiesta y ella me preguntó si tenía auto. Cómo explicarle que toda mi vida me la había pasado viajando en bicicleta, en metro, en peseros y microbuses, o, en todo caso, en taxis. La realidad es que yo pertenecía al grupo social del proletariado. Mi padre era obrero consagrado en una fábrica de embutidos y mi madre cubría algunos pagos de nuestra vivienda tipo Infonavit con los productos de belleza que vendía en abonos a las vecinas. A mis veinte años ni siquiera sabía manejar un auto.

No importa, dijo Brenda. El auto no es necesario.

Caminamos por las calles del Centro Histórico y por la Alameda, a cada paso Brenda causaba sensación. Casi todos los hombres tenemos el hábito de voltear a ver las nalgas de las féminas que llaman nuestra atención. Así pasó con Brenda, que vestía un pantalón ajustado el cual revelaba un trasero

pródigo, susceptible a las miradas fortuitas e inquietas. En el fondo yo pensaba: Que me vean mis amigos para que sepan apreciar la belleza.

Cuando llegamos al paradero insistí en llevarla a su casa. Todo mi cuerpo estaba lleno de ansiedad y mi corazón rebosaba en latidos incontrolables. Me sentía nervioso, como un chico de secundaria frente a su primera novia.

En mi paranoia, me figuraba que todos los automovilistas que viajaban sobre los carriles de la gran avenida nos observaban con una especie de misterio. Especialmente a ella, la chica de las mariposas de mil colores encumbradas en su cabello negro.

El recorrido hacia la casa de Brenda, que vivía en una zona residencial, duró casi una hora. Al llegar, el guardia del fraccionamiento me arrojó una mirada incómoda de cierta rivalidad mezclada con envidia. Llegamos a una casa impresionante y Brenda me invitó a pasar para que tomásemos café. En la sala conocí a sus padres, dos profesores universitarios llegados de la ciudad de Guanajuato. Impartían clases de antropología social en la universidad del estado. También conocí a su hermano mayor y a su hermana menor. Él era campeón nacional en Taekwondo. Su hermana había obtenido el primer lugar en la Olimpiada de Ciencias.

Los padres de Brenda me hicieron cuantiosas preguntas al tiempo que me observaban de forma escrupulosa. Yo pensaba que parecían agentes investigadores del cuerpo policiaco, pero en el fondo eran muy educados. Después de compartir café y galletas, el hermano mayor trajo su guitarra y comenzó a cantar. Todos lo seguían, excepto yo, que no me sabía la letra de la canción. Llegó un momento en el que pensé: No pertenezco a esta reunión. Incluso sentí una especie de nostalgia al comprobar que sí existen familias funcionales.

En casa, mi familia hacía todo lo posible para evitar reunirse. Incluso cuando llego temprano y todos están reunidos cenando, yo improviso una excusa y subo a mi cuarto para encerrarme y repasar la serie en DVD de *Los expedientes secretos X*, hasta que en la madrugada bajo a la cocina a beber un poco de leche o lo que encuentre en el refrigerador.

Al final de la reunión todos se despedían de mí y me invitaban a visitarlos de nuevo. Luego solicitaron por teléfono un taxi para que me llevara a la colonia popular llamada General Ignacio Romero Vargas.

Cuando salí de la casa de Brenda, observé la luna en lo alto y la tranquilidad del fraccionamiento. Pensé que si Dios existía se llamaba Destino.

#### 4. Miedo

Ahora Brenda viene conmigo en el asiento doble del autobús y dormita sobre mi hombro. Todavía no tengo la certeza de que yo sea el mejor novio para ella, pero ella sí es la mejor novia que he tenido, aunque nunca se lo digo.

Tengo miedo. Un gran miedo universal de que el dios Destino la aparte de mi lado y se la lleve. Como aquel hombre atropellado, que salió de casa sin imaginar que éste sería su último día de existencia sobre la Tierra.

## Soliloquio de un instante

1

Dos lugares y al fin paso a mi entrevista de trabajo.

Veo al demandante de trabajo que se levanta del sillón y me da gusto, pues esperar casi dos horas tendrá su recompensa cuando la secretaria anuncie al siguiente y esa llamada sea para mí.

Ante la ineludible espera, he releído los versos subrayados de una antología poética: *Pasas por el abismo de mis tristezas como un rayo de luna sobre los mares, ungiendo lo infinito de mis pesares con el nardo y la mirra de tus ternezas...*

La página anterior hablaba sobre el amor a primera vista: *Me dejaste como ibas de pasada, lo más inmaterial que es tu mirada... Yo te dejé, como iba tan de prisa, lo más inmaterial, que es mi sonrisa...*

Cierro los ojos un instante y pienso que la finalidad de la poesía es

llevarnos a ese territorio de la ensoñación. En el instante que vuelvo a abrir los ojos, me encuentro con otra realidad, la realidad de un hombre que está en la sala de espera y pretende conseguir un empleo.

2

La voz de la secretaria es frívola, aunque sus piernas son graves y delicadas; cubiertas por la textura de las medias negras, un fino trazo marcado por la mirada; algunos las ven y vuelven la vista, fingen. Posan los ojos en ellas deleitándose en partes. Farsantes. Las piernas de la secretaria deben ser contempladas. Ella lo sabe. También lo sé yo.

No tengo la culpa de que la secretaria haya decidido usar medias de color negro el día de hoy. Lo hizo a sabiendas, pues no quita la mirada del licenciado de enfrente, que también la ve y sonrío.

Es una estrategia haberse puesto esas medias y la minifalda del mismo color. Todo está planeado; desde el labial escarlata, hasta el escote de la blusa negra que contiene dos blancas palomas dispuestas a liberarse.

El licenciado y la secretaria saldrán juntos, sólo falta que la noche tenga los elementos apropiados, con música romántica, baile al centro de la pista, pasión desbordada en el hotel y afuera una luna colgada.

3

A mi lado hay una joven mujer y volteo a verla. Sus rasgos apenas intentan formar una madurez de mujer, por el momento tiene un rostro indefinido: una carita con ojos tímidos. Ella golpea a cada momento su bolígrafo contra el cuaderno. Está ansiosa y sufre la espera.

Dos mechones caen estorbando su vista. Es un tic que tiene o de esa forma confronta la expectativa, acomodando su cabello que vuelve a resbalar; entonces la mano arregla los dos rizos de nuevo, como si ésa fuera su función, y cree que estas dos caídas de cabello sobre su frente serán la cereza del pastel. *Frente al espejo acondicionó la caída de los rizos, aplicó mousse, los deshizo, volvió a darles forma y al final los dos fueron una aprobación involuntaria.*

La jovencita voltea y mis ojos coinciden con los de ella. Tiene unos ojos

de melancolía.

Vuelve rápido su rostro, parece que ha visto al diablo. Su angustia crece y me siento culpable. Mi intención era mirarla, llenarme de su gracia y decoro.

La secretaria anuncia al siguiente y la jovencita se levanta nerviosa. Cuando la veo irse, frágil e insegura, pienso en mi entrevista de trabajo. Su inquieta compañía dejó en mi cuerpo un suspiro que fortaleció mi espíritu y lastimó mi soledad.

4

En la pared de la sala de espera está un cartel que alguien puso para motivarnos. En él tres marineros levantan el ancla del barco, mientras el capitán observa. Las nubes del cartel son tan blancas que se antoja descansar la cabeza en ellas. Parecen almohadones de plumas en los cuales se puede reposar la cabeza y dormir profusamente, sin algún temor, porque H. Quiroga imaginó cosas que sólo le pasan a las recién casadas. Aunque observando con cuidado, esas nubes sobrepasan la fantasía. Nadie podría imaginarse nubes semejantes y perfectamente redondas.

La frase del cartel “Todos estamos en el mismo barco” nos induce a reflexionar, a pensar que no estamos solos, que debemos cooperar con los demás. Las letras amarillas sobre el mar azul definen un contraste tan soberbio que incita a repasarlas una y otra vez, como las piernas de la secretaria, las cuales ella ahora cruza para instaurar una nueva forma.

Vuelvo a leer sin intención de hacerlo; la inexorable costumbre de leer todo lo escrito. La frase del cartel significa en la misma vida. “Barco” podría ser sinónimo de vida: todo puede pasar en una embarcación y todo puede ocurrir en la vida.

En el mismo barco quiere decir que comulgamos la vida juntos; estamos en el mismo barco, el cual nos puede llevar a nuestro destino o hundirse en la travesía. En el mismo barco es una frase que persuade a la gente para que aguante en el trabajo. Habla de la organización de esta empresa. El capitán es el gerente y los marineros son los empleados. El capitán es arrogante como cualquier gerente debe ser y los marineros obedecen con un resentimiento que les hace pensar que ellos podrían ser los gerentes del barco.

El barco es la empresa. En las juntas se habla del rumbo que debe tomar la empresa. Levantar velas o bajarlas. Correr empleados o contratar eventuales. Girar el timón 360 grados o declararse en quiebra. Buscar nuevos horizontes o naufragar. Encallar, declararse en quiebra y cerrar.

Los que deseamos el empleo queremos estar en el mismo barco, no importa que nos contraten como mensajeros o personal de intendencia. No importa porque en el barco empresa hay jerarquías. Entonces pienso en la jovencita nerviosa que entró a su entrevista y tengo la corazonada de que ella trabajaría conmigo. Quizá la contraten como secretaria y a mí me den el puesto de oficinista. Si mi corazonada no falla, la invitaría a salir los días domingo para que en los parques observemos florecer las tardes entre los juegos de los niños.

5

Se abre la puerta y la secretaria anuncia al siguiente.

Es mi turno y me levanto despacio con los papeles en la mano. La joven mujer sale de la oficina y me dirige una mirada de ensueño. Sus ojos expresan alegría, ese júbilo indica que fue contratada por la empresa. Ahora sólo espero que también me contraten y esté en el mismo barco con ella.

La veo, sonrío y ella me regresa una sonrisa tierna. Entonces comprendo el poema de Amado Nervo, cuando el poeta escribió que, entre las miradas del hombre y la mujer quedó flotando el mismo sueño.

En este lugar es posible que comience una nueva historia. El idilio de dos extraños que se conocieron el día de la entrevista de trabajo. Nuestras vidas corren juntas en la misma dirección, van como ríos que desembocarán en el océano de la existencia.

# Querube

1

Estás irritado, todo te molesta. Tus padres y amigos son unos farsantes; el mundo que te rodea huele a hipocresía. Vives en una ciudad en la cual los habitantes simulan ser lo que no son para vivir y sobrevivir.

Sólo Querube se muestra tal como es: vestida de negro o desnuda, con su perpetua vestimenta de chica dark; o en la cama contigo, ligera y sagrada como una flor de loto. La nombras Querube, aunque se llama Perla. Ella te llama Mickey y tú le dices Mallory, los dos se bautizan a cada rato; se ponen nombres de personajes de caricaturas, de canciones, películas o de series de televisión.

Este mes de abril la has bautizado Querube por la canción de los

Smashing Pumpkins y porque es un ángel que te acompaña en el camino alumbrado por la luna rumbo a los conciertos de rock.

2

Es sábado y te levantas de la cama. Anoche el mundo era distinto, ahora es la realidad y sientes la cruel resaca. Te diriges al refrigerador y por un instante piensas que habrá para ti una cerveza helada en la cajonera de plástico. Cruel sorpresa, sólo está una caja de leche. La bebes como un improvisado aliciente que se derrama por tus labios, moja tu playera de la banda Nirvana y cae al piso.

Regresas a tu cuarto y cierras la puerta con pasador, pues no quieres que tu madre llegue a fastidiarte. Otra vez te hundes en la cama y enciendes el televisor. Cambias los canales y tu mente se llena con distintas imágenes: escaladoras, sartenes mágicos, partidos deportivos de la liga de basquetbol NBA, de la NFL, de futbol soccer de la UEFA, explosiones en Irak, gatitos jugando... llegas al canal de videos musicales MTV. Ahora ya no pasan los videos de las bandas consagradas. En su lugar está el patético *reality show* de Ozzy Osborne en donde aparece con su familia.

La programación ya no es la misma de antes, cuando los conductores eran Ruth y Arturo. Ahora todo es repetitivo. Nada que ver en la televisión, el eterno retorno de lo mismo. Hasta tu vida está girando en un ciclo infinito.

3

Cierras los ojos y te pones a pensar en Querube. La recuerdas poco a poco y de forma gloriosa. Evocas el primer día que estuvieron juntos en su habitación. Cuando hicieron el amor en el mes de junio, ese día que salieron temprano del colegio, a las once de la mañana, un día nublado y con escasa lluvia.

Estaban en el parque de la colonia. Se besaron durante una hora y en el momento en el que a ibas a dejarla a su casa, en el instante que la llevabas de la mano, sentías una agitación de animal perseguido. Querube tenía la mano fría. Parecía una estatua antigua y te pareció que su mirada era triste. Sus ojos oscuros te querían decir algo. Al final, ella abrió la puerta de su casa y te invitó a pasar. Algo que nunca había hecho, ni haría estando sus padres en casa.

La casa de Querube era como cualquier casa: la alfombra, la sala, la

mesita de centro, los cuadros de la familia colgados en el muro, la televisión y ese olor peculiar que tienen todas las casas.

Un gato, que después supiste se llamaba Krispi, se acercó y anduvo merodeando por tus pies. Luego subió a tu pierna, se acomodó y cerró los ojos. Le caíste bien, dijo Querube. Pero tú pensabas que los dos estaban solos en la casa y ella estaba frente a ti, en el *loveseat*, con el uniforme escolar que la hacía ver como a una niña.

A continuación, el silencio, el incómodo silencio que se parece a una visita inoportuna. ¿Qué le dirías? Nada. Tu lenguaje había huido y no tenías palabras. Sin embargo, tenían las miradas y en situaciones como ésta, las miradas ayudaban a decir lo indecible y secreto. Lo que Querube y tú habían pensado con el cuerpo. Cuando las caricias subían de tono en la penumbra de los parques o de cualquier lugar desolado.

Querube se levantó del sillón individual y fue hacia ti. Alejó al gato que brincó consternado y te dio el beso más sublime que hayas recibido en tu vida. Se besaron y acariciaron lentamente mientras el gato los observaba taciturno y confidente.

Abriste la blusa de Querube y descubriste un brasier negro que sujetaba dos tiernos panecillos de carne, circundados por una aureola rosada y coronados con un pezón rígido. Los besaste con devoción. Regresaste a su cuello y lo mordiste. Después se miraron profundamente. Sabías que los dos estaban en el punto sin retorno. Sobre la alfombra se quitaron la ropa y viste a Querube recién nacida, como siempre habías querido verla. Los dos eran inexpertos -vírgenes- pero esa mañana parecía que ya sabían todo.

Ella estaba húmeda. Abriste con lentitud sus piernas para encontrar su capullo de flor de loto. Acercaste tu pene que estaba a punto de estallar y lo empujaste. Ella gimió, le dolía. Entonces regresaste a besarla y a decirle que la amabas. Volviste a intentarlo y entraste con dificultad en ese anillo de fuego.

Querube te recibió con su naturaleza femenina y sentiste la dulzura de la miel caliente; así fue como esa mañana te cubriste de Querube y reconociste la vida y muerte juntas, también la eternidad.

Abres los ojos y en el canal de videos MTV comienzan a cantar los Smashing Pumpkins, aquella canción *Cherub Rock*, exprefeso para ella.

Subes todo el volumen del televisor y cantas.

Tu espíritu adolescente se fuga con el requinto prolongado de la guitarra eléctrica de Bill Corgan y en el éxtasis musical piensas otra vez en Perla Querube, tu chica ligera y sagrada cual flor de loto, que sonrío contigo en la oscuridad.

Roberto Aparicio Olivares

Ciudad de Puebla (1978)

Estudió la licenciatura en Lingüística y Literatura Hispánica (BUAP) y la Maestría en Estudios de Arte y Literatura (UAEM). Participó como aprendiz de cuento en los talleres de Alejandro Meneses, Roberto Corea, Guillermo Samperio y Beatriz Meyer. Su intención al publicar “**La luna en todas partes**”, es compartir relatos breves y fragmentados que escribió desde el año 2003. El tema iterativo en su primera publicación es la luna, que aparece como foco de todos los relatos. El autor involucra al satélite para conmemorar un mundo íntimo, religioso y onírico.